

ANTONI PUIGVERD

Las pérdidas irreparables

Que unos vecinos intenten salvar un árbol parece un modestísimo objetivo. Pero se ha convertido en una batalla simbólica: la cruda razón económica contra la melancolía por las pérdidas irreparables de nuestro tiempo. El árbol es un monumental azufaifo o *ginjoler*, situado en un pequeño jardín del cruce Arimon-Berlinés, perteneciente a una entrañable torrecita de aspecto menestral, que no burgués, característica de la Barcelona de montaña. Los vecinos consiguieron en su momento forzar del Ayuntamiento cierto compromiso para salvar el *ginjoler* que reinaba casi en solitario en el menudito jardín y que, protegido por un discreto muro, ha regalado durante más de un centenar de años su amable verdor a los que han transitado por aquel lugar.

El compromiso consistió en asegurarle por una importante cantidad para evitar que la constructora lo destruyera y garantizar que pudiera ser trasladado al jardín de Vil·la Florida. Según reputados expertos, la monumentalidad del árbol sufrirá una irreparable agresión a causa de la contundente poda que exigirá su paso por la estrecha calle Arimon, única salida hacia vías más amplias. Siendo un árbol muy mediterráneo, resistente como pocos a la sequedad, otros temen que muera: el azufaifo hunde mucho sus raíces, que sufrirán tremendos daños con los sistemas modernos de trasplante. Ya el viejo Aribau en su celebre *Oda a la Pàtria*, usaba la metáfora del árbol trasplantado que nunca será el que fue: "Son gust perden los fruits, e son perfum les flors".

Sostiene el ingeniero Xavier Argimon, cuyo informe científico ha colgado la combativa escritora Isabel Núñez en su blog, que el azufaifo perteneció a una masía del antiguo pueblo de Sant Gervasi de Cassoles. Es obvio que el *ginjoler* fue respetado cuando se urbanizó el entorno, ya convertido en barrio barcelonés, momento que —imagino— coincide con la construcción de la casa hoy condenada. Una humilde casita de dos plantas, con sencillas galerías abiertas al jardín del azufaifo. Estuve el otro día paseando por la calle Arimon, en la que nunca había estado. La casa ya ha sido arrasada y el árbol aparece desnudo, a pesar de su frondosidad, sin la protección del muro. Desnudo y desvalido ante el voraz presente que todo lo tritura. No guarda relación alguna, esta callejuela cruzada por

Muntaner, con mi tónica visión de un Sant Gervasi de calles ajardinadas en las que abundan las criadas filipinas y las señoras bronceadas que descienden de un BMW cargadas de bolsas de Gonzalo Comella. Al contrario: el ambiente es de clase media apretujada. No parecen abundar los alegres dispendios. An-



RAUL

¡CURIOSA MEMORIA LA del país que, arrodillado ante el ladrillo de oro, condena las modestas arquitecturas del pasado!

cianas temblorosas que dan las gracias cuando bajas de la acera para cederles el paso, niños que pasan las vacaciones en el portal, pequeñas tiendas que resisten, con el espíritu de los setenta, el invencible zarpazo de las franquicias uniformadoras, el imperial dominio de los grandiosos centros comerciales.

Apenas quedan ya detalles en esta zona que permitan evocar los retratos literarios que de ella hizo Mercè Rodoreda. En esta par-

te del barrio de Sant Gervasi, las casas de discreto encanto menestral están siendo aplastadas por la fiebre del ladrillo de oro. El cruce de Arimon con la calle Camp conforma una plazuela harto significativa: los dos edificios que componen la plaza en dirección al mar son relativamente nuevos, pero su pretenciosa linealidad y sus llamativos materiales ya cantan, pasados de moda. Los que componen la plaza en dirección montaña son simplicísimos edificios con reminiscencias modernistas, que no sólo han envejecido bien, sino que aportan los últimos detalles de gracia a estas cada vez más anodinas calles. Otra de las casas que resisten es la escuela Sant Gregori, en la que se formó el alcalde Hereu. Sus heroicos sauces y palmeras son todo lo que resta del verde que contempló Rodoreda setenta años atrás.

Por la calle Arimon pasó, sin duda, una adolescente ensimismada que residía todavía más arriba, en una casita menestral como la que ahora ha sido derribada. Las paredes de la casa en la que la chica convive con la familia de su hermano y con un inquietante cuñado están llenas de manchas de humedad. Los grifos gotean, los óxidos avanzan. Colorean el pequeño jardín rosas y naranjas amargas. La chica se llama Ángela, pero su tío, lector de los clásicos, la rebautizó como *Aloma*, nombre de una protagonista de Ramon Llull. "Lo primero que una chica debe tener es un nombre bonito", escribe Rodoreda. *Aloma* desciende hacia Muntaner para coger el tranvía hacia Barcelona "respirant l'aire perfumat de terra humida dels jardins petits de Sant Gervasi".

Ya nadie percibirá, en esta calle, el inefable perfume de la tierra mojada. Ya nadie probará el curioso fruto del azufaifo: forma de oliva, color caoba, pulpa dulcísima y leñosa. ¡Curioso país promotor de la memoria histórica que convierte en parque temático para turistas las grandes catedrales y los magnos edificios del pasado, pero que condena sin inmutarse, arrodillado ante el ladrillo de oro, las modestas arquitecturas del pasado que permitirían a las gentes de hoy y mañana trenzar su existencia con la de un ayer concreto y tangible! ¡Curiosa memoria histórica la que instrumentaliza los hechos del pasado a beneficio de cierta progresista retórica presente, pero que sacrifica, sin una sombra de duda, los pequeños jardines que perfumaban la vida de las gentes menestrales!●

MÀRIUS CAROL

El chocolate

Ya era hora. Los médicos nos lo habían prohibido casi todo: el tabaco, las hamburguesas, las palomitas, las patatas fritas, las carnes rojas, los donuts, el vino... Pero, por fin, en la última semana, una alegría: los científicos alemanes recomiendan en un estudio tomar una pastilla de chocolate negro al día porque reduce la tensión arterial. Siempre nos quedará el cacao. Nos dijeron que somos lo que comemos y han conseguido que vayamos al mercado como si fuéramos los astronautas en la Estación Espacial Europea, que se pasan el día consultando manuales de ensayos, o los investigadores del CSI, que recogen obsesivamente muestras para analizarlas. Comer ha dejado de ser un placer y nos lo han convertido en un anuncio del apocalipsis.

El chocolate es uno de los primeros productos indultados por la ciencia, después de la publicación en una revista médica del documentado trabajo del hospital Universitario de Colonia. El chocolate negro ha sido bendecido al atribuírsele antioxidantes que contribuyen a dilatar las arterias. Durante años había sido objeto de un sinnúmero de acusaciones que iban del origen de las caries infantiles al sobrepeso, pasando por cefaleas o problemas metabólicos. De un tiempo a esta parte, la imagen del chocolate ha ido mejorando a los ojos de la ciencia, por lo que se reivindica como fuente de salud, hasta acabar en una prescripción propia de los médicos de cabecera. Eso sí, el chocolate debe ser negro, es decir, el que más concentración de cacao tiene, para que actúe.

Por cierto, que las cualidades benéficas del chocolate para el cuerpo fueron ya expuestas por Hernán Cortés en sus cartas al emperador Carlos V. Los navíos que llegaban de las Indias traían sin falta cacao, aunque la documentación de palacio no registró las primeras remesas, lo que se explica por la voluntad real de que fuera directo al guardajoyas real, lejos de las golosas manos de extraños. Pronto empezaron las insidias contra el chocolate, aunque fue la Iglesia y no la medicina la pionera en dar la lata, ya que el clero mostró su preocupación moral sobre el posible quebrantamiento del ayuno al tomarlo.

El indulto al chocolate calmará al Ministerio de Sanidad, que no deberá añadir una más a su listado de prohibiciones. Haría bien su nuevo titular en recomendarlo en el Congreso: a lo mejor bajaría la tensión en debates como el del miércoles, pero sobre todo endulzaría el amargo discurso de quienes, más que tomar el pulso al país, parecen hacerle un pulso a la salud mental de los ciudadanos.●

ALBERT MANENT

Epistolarios señeros

Los epistolarios conocidos de la edad media, como el de los Borja, nos ofrecen visiones desconocidas de una lejana época. El de Balmes reconstruye parte del mundo político y cultural del siglo XIX, en el de Jacint Verdaguer la Renaixença aparece con nuevas perspectivas. Maragall y Unamuno, Guillén-Salinas, y ya cerca de nosotros, están los epistolarios de Carner, Riba, Joan Fuster, Josep Pla-Vergés, Josep Pla-Cruzet..., materiales riquísimos para recomponer el siglo XX.

Hoy quiero apuntar la trascendencia de tres epistolarios: Juan Ramón Jiménez, Ramón Menéndez Pidal y Dionisio Ridruejo. En el de Juan Ramón Jiménez aparecen proyectos de la cultura española, como la mítica Residencia de Estudiantes. Se recogen más de 400 cartas entre 1898 y 1916, tarea impropia del recopilador detective Alfonso Alegre. La mayoría son cartas de correspondencia literarias hoy poco conocidos, pero pronto encontramos a Ru-

bén Darío, Martínez Sierra, Unamuno, José Enrique Rodó y otros hispanoamericanos. Enrique Diez-Canedo, el más constante en el tiempo, o J.M. López-Picó y algunas cartas —la mayoría, perdidas— con Antonio y Manuel Machado y Azorín. Finalmente, las epístolas familiares completan esta primera entrega.

Joan Coromines y Ramón Menéndez Pidal, discípulo y maestro, dieron un centenar de cartas de 1929 a 1964. Pidal dirigió en 1928 la tesis del filólogo catalán sobre el aranés y al año siguiente le consiguió una beca del Centro de Estudios Históricos para estudiar en Suiza y Alemania y especializarse en lenguas germánicas. Pero Coromines hasta 1936 se volcó en dos diccionarios catalanes: el crítico y complementario de la lengua y el de toponimia. La Guerra Civil desbarató todos los planes y Pidal y Coromines se reencontraron exilados en París. En 1939, el profesor pudo obtener una modesta cátedra de castellano en Cuyo (Mendoza), donde ayu-

dó a forjar la nueva universidad y, de 1940 a 1946, preparó material para el futuro *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*.

En este epistolario destaca el "tesón, inteligencia y pragmatismo" de Coromines, como afirman los prologuistas, J.A. Pascual y J.I. Pérez Pascual. Desde 1947 a 1951, trabajando un promedio de entre doce y quince horas, redactó dicha obra, que el académico Gregorio Salvador, tan poco amigo de Catalunya, calificó de "gigante". En las cartas, Coromines pide a don Ramón orientaciones sobre las líneas generales de la obra, le manda algunas partes ya redactadas y le detalla las fuentes bibliográficas y las dificultades en encontrarlas, por lo que se desplaza a veces a Buenos Aires y Santiago de Chile.

Coromines, a través de Pidal, intenta obtener una cátedra en Barcelona o un cargo científico en Madrid, pero no lo consigue. El epistolario es un modelo de afecto mutuo y de consultas eruditas. Dos sabios

tan distintos en su talante, pero tan cercanos en la ciencia y la amistad.

En *El valor de la disidencia*, Jordi Gràcia recoge las cartas de Dionisio Ridruejo y parte de las que recibió entre 1933 y 1975. De fascista a demócrata convencido y encarcelado, el epistolario permite radiografiar las vicisitudes, intelectuales y políticas, de la dictadura. Confinado en los años cuarenta, Ridruejo recaló en Catalunya. Gracias a los congresos de poesía, de 1952 a 1954, Riba fue para él un espejo de probidad moral y de humanismo. Valiente, batallador, incansable, Dionisio se fue apartando del régimen con razones incontestables y a menudo a través de cartas que proclamaban su apuesta por la libertad. La cárcel o los exilios no pudieron acabar con aquella noble voz disidente que le fue convirtiendo en uno de los poderosos altavoces de la difícil oposición, cercada por la policía secreta, la miseria del régimen y la cerrazón de la censura.

Las cartas de Ridruejo, escritas

con un estilo que cautiva, predicando la reconciliación y ofrecen la visión de una nueva España. A un tiempo, él mantiene una relación literaria de alcance con Guillén, Guillermo de Torre, D'Ors, Riba, etcétera. Y hay que valorar el conjunto de las epístolas a los *amigos del alma*, que arropaban su entorno: Laín Entralgo, Tovar, Aranguren, etcétera.

El régimen no siempre se atrevió a sancionarle después de las repetidas cartas de protesta, por ejemplo, a causa de la suspensión de las revistas *Insula* e *Índice*, o en las durísimas que mandó a Arias Salgado o Fraga. Su gran carisma fascinó a exilados como Rodolfo Llopis, Gorkín, Madariaga o a un grupo de transterrados en México que le escribieron después de ser detenidos.

Sin duda, Dionisio Ridruejo es el intelectual más importante que ha dado el franquismo y no se podrá hacer la historia sin tener en cuenta este epistolario de quien fue, quizá, la principal conciencia crítica de España.●